

Diccionario folclórico

Escribe: **HARRY C. DAVIDSON**

JAQUIMAS

La jáquima es, simplemente, como el ancla en un buque. Sirve para que no se le vaya a uno el caballo, lo cual se logra o atando el pisador o camal a un botalón, poste o árbol, o simplemente bajándole el tapaojos sobre los idem, lo cual es todavía mejor, pues no hay que amarrar el animal a nada.

Ha sido bellamente descrita por el poeta Arcesio Escobar en **Gabriela** publicada en "El iris", tomo II, número 16 de Bogotá, el 28 de abril de 1867. Allí, al hablar de los aperos de un orejón, por los años de 1858, dice:

*"Fuerte retranca de la silla pende,
que los ijares del caballo adorna,
y de este en la cerviz, luce galana
una amarilla jáquima reinosa".*

JAQUIMAS CON ADORNOS DE PLATA

He encontrado dos ejemplos de esta lujosa costumbre:

En la página 262 del volumen IV de la Biblioteca de Historia Nacional publicada en Bogotá en 1905, y dentro del artículo **José Antonio Galán**, por Angel M. Galán, entre los bienes pertenecientes a don Vicente Diago, se mencionan en el año de 1781 "una jáquima con pretal y baticola, toda chapeada de plata".

Don Juan Francisco Ortiz, con su seudónimo St. Amour, publicó un artículo **Mis aspiraciones** en "La caridad", año VI, número 16, en Bogotá el 22 de septiembre de 1870, y habla allí, en la página 248 y refiriéndose al año de 1850, de una "jáquima [que] era una obra maestra, con estrellas de plata, lo mismo que el pretal y la grupera; el freno [era] con cadenilla de plata".

LAS JAQUIMAS DE CUERO

Para mediados del siglo pasado los llamados "aperos de cabeza" que incluían freno y jáquima, eran de construcción bastante burda. En "El pasatiempo", número 14, publicado en Bogotá el 22 de noviembre de 1851,

dicen (pág. 106) que: “El estribo de baúl, de fábrica nacional, más bien corto que largo, hace juego con el resto de los aperos de cuero a la rústica, es decir, la jáquima o cabezal de rejo a medio torcer”.

Sin embargo dichos aperos se fueron perfeccionando: en el rarísimo libro (edición de 12 ejemplares), **En familia** de don José Manuel Marroquín, publicado en Bogotá en 1899, se habla de los huéspedes y amigos que iban a Yerbabuena, hacia el año de 1851, y allí se menciona a don José Antonio Roel. “De la perfección de su silla (agrega el autor, pág. 101) su retranca, sus pendientes, su jáquima, su rejo de enlazar, su zurriago, y todos su arreos, nada pudiera yo decir que no pareciera exagerado. El señor Roel era consumado en la fabricación de todas las piezas de rejo y de **cuero salado** que en esa época debían constituir el apero de un **orejón** de buen gusto; y aún puede decirse, que fuera de un señor Frade que residía en Sopó, D. José Antonio era el único en toda la sabana, capaz de hacer aquellas obras de un modo digno”.

Para 1865, se anunciaban ya públicamente los “aperos de cuero tejido” en **El Tiempo**, año VIII, número 407, del 4 de octubre, en donde se informa, página 4, que “Juan Cáceres. Fabricante... ofrece... el mayor esmero i puntualidad en sus trabajos”.

Estos aperos de cuero tejido fueron los precursores de los que, años después, dieron tanta fama a la ciudad de Chiquinquirá.

Hace unos diez años tuve la oportunidad de llevar a cabo una investigación personal en dicha ciudad, sobre lo que allí llaman el arte de la caladuría o tejido de cuero a mano, pues las cabestrerías de dicha ciudad han sido siempre muy notadas.

Entre los jaquimeros de Chiquinquirá descolló antiguamente el señor Emilio Cano, quien fue, como se dice, el rey del oficio. Posteriormente otros siguieron sus pasos y entre ellos merece destacarse a don Publio Eduardo Pachón.

Los cueros más utilizados son los de becerro y cabro. Para evitar el mal olor y hacer que blanqueen se les trata en una mezcla de sal de nitro, alumbre y sal glauber. Luego se desbastan o adelgazan los cueros y enseguida se cortan para después tejerlos. Se utilizan normalmente de 4 a 16 rejitos. En los aperos más finos se llega hasta 32.

El trabajo puede adelantarse en distintas formas: la holicada puede ir en lomillo (o tornillo como allí le llaman) o labrada. Tejen allí repartido o espigado como en espiral. Hacen lo que llaman botones que sirven tanto de adorno como para tapar defectos. Los hay dobles y planos.

Cuando se terminan estas labores, se pone en la jáquima el tapaojos o quitapón que dicen los gramáticos, y que va en la testera de la cabezada. Puede llevar adornos bordados en colores, o ser de piel de runcho, o los muy finos, de rabo de león. También se les pueden hacer frenteras de 3 rosetones.

Se les pone luego el pisador o camal que sirve para atar la bestia y es de piola blanca gruesa.

La jáquima con tapaojos corresponde a una época especial por allá de los 50 a 60 y pico del siglo pasado.

Don Santiago Pérez Triana en su artículo titulado **Sillas de montar** publicado en "Lecturas populares", serie II, número 15 en Bogotá, sin fecha, habla en ella en la página 77 así: "La silla y los arreos eran tan completos como pudiera haberlos pedido el chalán o vaquero orejón más exigente. Jáquima con tapaojos de cuero, bordada en rojo y negro y cabestro de cuero retorcido, sin curtir, suavizado, con el pelo para adentro".

¿Y cómo funcionaba el tapaojos? El viajero Isaac F. Holton en su libro **Nueva Granada: Veinte meses en los Andes**, publicado en Nueva York en 1857, dice, refiriéndose al año 1852:

"Bajo el freno está una... jáquima cuyo extremo está asegurado a la montura; sirve más a menudo para confinar el caballo por el simple arbitrio de bajar su ancho tapaojos tejido sobre sus ojos". Agrega luego en la página 424: "una pieza ancha a menudo ornamentada, pasa a través de la frente, la cual puede ser bajada sobre los ojos si usted desea dejar al caballo sin amarrar".

Vino luego la abolición del tapaojos en la jáquima, lo cual ocurrió por allá en el año 60. En efecto, don José Manuel Marroquín, con su seudónimo P. P. de P., publicó sus **Recuerdos del campo**, en "La claridad", año VI, número 3, en Bogotá el 23 de junio de 1870. Menciona allí a un hacendado de la moderna escuela y dice que es (pág. 40) "abolicionista del uso de los zamarros y del tapaojos" y para precisar más la herejía dice que "usa la silla sin retranca o la jáquima sin tapaojos".

Para 1865, ya se había consumado el atentado. El mismo señor Marroquín en sus **Estudios sobre historia romana**, publicados en "El mosaico" y sin firma, el 6 de mayo de tal año, página 116, dice:

*"Con zamarros de tigre, ancha arretranca
i jáquimas tejidas, sin tapaojos
en mulitas de paso castellano
vienen los viejos a pasito corto".*